AÑO VII. 1.° DE DICIEMBRE DE 1875. NÚM. 15.

EL ESPIRITISMO.

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.° y 15 de cada mes.

SUMARIO.—Diálogos, (continuacion).—Estudios de Metafísica. Dios, (conclusion).—Proceso de Buguet y Leymarie, (continuacion.—Contestaciones espiritistas, en Cádiz.—Problema de la union religiosa.—*Variedades.*—Satanás, Lucifer y Mefistófeles, (continuacion.

DIÁLOGOS.

(Continuacion.) (1)

XI.

La noche es la amable y reservada confidenta de los enamorados.

Ya habia dado algunos paseos por la alamedilla de los chopos, y la impaciencia me asaltaba de nuevo: mi pecho latia con extremada violencia; mis piernas temblaban y mi cerebro ardía.

Empezaba á serme indiferente el magnífico espectáculo de la naturaleza, y hasta llegó á molestarme el contemplarlo.

Me senté, cerré los ojos y empecé á meditar.

Asi trascurrió una media hora.

Las nubes se habian multiplicado prodigiosamente é interceptando los rayos de la luna proyectaban sus sombras en algunos puntos del monte dándole un aspecto tétrico y sombrio, pues de sus alturas parecian levantarse los toscos muros de solitaria fortaleza rodeados de gigantes y amenazadores fantasmas.

Oh! amigo mio, el amor impaciente es como un sueño agitado,

(1) Véase el número correspondiente al 15 de Noviembre.

como el delirio de una intensa fiebre que trasunta con rápida violencia en la imaginacion los cuadros más opuestos produciendo en el alma multitud de sensasiones encontradas.

La vehemencia del amor es como dice Almeda por boca del conde de Moravia, «un mal que insulta todos los miembros, y en cada uno de ellos ocasiona particular enfermedad. Primeramente en la cabeza ocasiona delirios, ceguedad en los ojos, frenesí en la sangre, en el pecho una especie de cáncer que insensiblemente va royendo el corazon y el alma; y un fastidio tal en el paladar, que todo lo que no sabe al objeto amado le parece insípido. Con el mor queda el ánimo baldado y cojeando; y asi siempre se inclina hácia una parte y no dá ni un solo paso derecho. El amor es una fiebre tan contagiosa que muchas veces se pega con solo una simple mirada; y se apodera en un instante de toda el alma. Apenas llega á mordernos esta víbora cuando ya corre el veneno de vena en vena, repasa todos los miembros, penetra las entrañas, pégase al corazon y profundiza en él sus raices.»

La reja de la biblioteca por donde debia salir Maria, estaba situada en el costado derecho del edificio, y el frondoso ramaje de dos corpulentas y floridas acacias le servian de dosel.

Cinco minutos hacía que apoyado sobre uno de los troncos y fija mi mirada en los mohosos hierros, esperaba cuando una de las hojas de la ventana se abrió con lentitud.

Mi corazon saltaba de emocion dentro del pecho.

El busto de una mujer se dibujó por fin sobre el oscuro fondo del vacío.

Entonces me aproximé, y ví que era María, hermosa como un ángel, poética como un ensueño de amor.

Una de sus negras y sedosas trenzas caia con gracioso abandono por encima del hombro cubriendo parte de su seno.

Su trage consistía en una bata blanca como los copos de la nieve, y todo su adorno en una aterciopelada rosa prendida en el descote.

Buenas noches, Maria—la dije alargándo mi mano que oprimió la suya con pasion al encontrarla.—Dispénseme el mal rato que con mi exijencia inoportuna tal vez le proporciono privándola del natural y apetecido descanso; pero el deseo de conocer......

La jóven no me dejó terminar: sin duda temia una declaracion *á quema ropa*, y me interrumpió con naturalidad diciendo:

—Oh!... por el contrario, amigo mio; yo le agradezco mucho su buena y oportuna ocurrencia, que ha de proporcionarme el gusto de conocer detalladamente un suceso tan extraordinario como el que esta tarde empezó usted á relatarme.

Además hace una noche tan apacible y deliciosa, que me es agradable disfrutar de sus encantos por algun tiempo, aún á costa del indispensable y reparador sueño.

—Gracias, Maria—le respondí entusiasmado de su condescendencia.

Y continué:

Puesto que su principal deseo es conocer todos los pormenores del hecho que en la alameda le indiqué, voy á satisfacerlo cumplidamente.

Entónces le relaté minuciosamente lo acontecido en aquella nocturna y especial entrevista, y en la seccion magnética que tuvo lugar algun tiempo despues.

María se mostraba sorprendida de mis palabras y sus ojos estaban bajos y humedecidos.

Cuando terminé mi narracion dos lágrimas brotaron de sus pupilas, y lanzando un profundo aunque silencioso suspiro, esclamó sin atreverse á mirarme.

—Pero, ¡Dios mio!... es cierto cuanto acabo de escuchar?...

—No lo dude usted, María, le respondí.

—Sí, sí;—continuó—perdone Vd. mi exclamacion. Usted no miente, y aún cuando yo ignoraba todo lo acontecido una voz secreta me decia de continuo que entre nosotros habia pasado algo extraordinario, y que el lazo del destino ligaba nuestras existencias por algun concepto inexplicable y misterioso para mí.

—Pues bien, Maria,— la dije lleno de valor ante aquellas preciosas lágrimas que cual frescas y puras gotas de rocío habian caido sobre mi corazon.—Es indispensable que el destino se cumpla. Sus inspiradas frases que como copioso manantial de esperanzas y consuelos han regenerado mi ser, me obligan á hacerla otra franca y para mí importante revelacion.

Escúcheme Vd. Maria.

—Yo la amaba á usted con delirio, con esa pasion ardiente que despiertan en el alma la hermosura y la virtud sintetizadas en la mujer.

Mil proyectos de dicha, mil ensueños de ventura cruzaban por mi

acalorada mente; pero en medio de ellas, una duda cruel, un temor horrible se apoderaban de mi ánimo siempre que decidido buscaba la ocasion de declararle mi amor.

Me creia indigno de la felicidad á que aspiraba, y el acontecimiento inesperado de la alameda me aseguró la certeza de mis temores.

Los puros sentimientos de su alma, sus arraigadas creencias filosóficas, no podian simpatizar con el grosero y árido materialismo que por entónces se albergaba en mi cerebro. Así lo comprendí y lo deduje de sus proféticas palabras. Pero, ¿cómo desistir de la dicha soñada? ¿Cómo apagar la llama del amor que inflamaba mi pecho?... ¿Cómo matar las ilusiones, y anonadar las esperanzas, que eran el alma de mi vida?... Eso era imposible sin poner fin á mi existencia.

Para alcanzar tanta dicha, se me imponia como única é indispensable condicion el conocimiento de la verdad: no se me exigian como de costumbre títulos honores y riquezas.

Yo que no estaba acostumbrado á contemplar tanto desinterés, semejante conducta me fascinaba. Pero, ¿qué verdad debía conocer?... ¿Estaba acaso en el error?... ¿Era una mentira la ciencia de Moleschot, de Tutle y de Büchner?... Cierto, que ningunas de las teorías de estos sábios aplicadas á la metafísica en la teodicea y en la psicología llenaban por completo mi corazon; pero las escuelas antitéticas del sensualismo basadas por lo general en un sistema religioso tan sensualista é idólatra como el antiguo paganismo eran una trama de evidentes absurdos que solo la más supina ignorancia del más ciego fanatismo pudieran aceptarlas.

Pensé mucho sobre el asunto sin encontrar favorable solucion.

Un dia, paseando con mi amigo B... se me ocurrió hacerle una ligera reseña de mis opiniones filosófico-religiosas, las que victoriosamente combatió. Le invité entonces á discurrir con minuciosidad sobre los diferentes puntos de mis creencias; aceptó, y despues de estensos debates, lo confieso sin rubor, fuí absolutamente vencido. Además, como si la Providencia quisiera premiar la sinceridad y constancia de mis deseos, hé recibido pruebas evidentes, usted lo sabe, sancionando las lógicas doctrinas que al propio tiempo me eran científicamente enseñadas.

Ahora bien, Maria; una vez cumplida la condicion impuesta; una vez identificada mi alma con la suya por la profesion de creen-

cias, sintiendo por usted una pasion pura, profunda, inestinguible, ¿me considera en el deber y hasta en el derecho de decirla: «María; ya *conozco la verdad*; la amo á usted y espero la realizacion de su promesa *encontrándola* propicia á corresponder á mi pasion?...

María guardó silencio por algunos instantes.

Un imprudente rayo de la luna rompiendo la ténue nubecilla que interceptaba su paso, vino entónces á herir su bello rostro.

Estaba inmensamente pálida y conmovida.

La respiracion era violenta.

Parecía meditar.

Yo respetaba aquel silencio contemplando su resplandeciente hermosura y aspirando el suave y grato perfume de su agitado aliento.

Aquel semblante dulce y melancólico á la vez como el ténue fulgor de las estrellas, me revelaba mi profunda emocion y me aseguraba en mi esperanza.

La situacion en efecto de aquella pudorosa jóven era en extremo difícil.

Se le exigía el cumplimiento de una promesa hecha en circunstancias especiales, y en su respuesta no cambian escusas ni dilaciones, recursos empleados por la generalidad de las mujeres cuando un hombre les declara su amor.

Comprendiéndolo así, y con objeto de facilitarle una solucion que sin herir su susceptibilidad la sacase de aquel encantador apuro la dige:

—Dispense Vd. mi imprudencia, amada María; conozco que he procedido con demasiada precipitacion al dirigirle mi última pregunta. El amor debe ser libre, espontáneo, y nunca debe obedecer á compromisos anteriores. Yo solo le ruego me manifieste con la sinceridad que la caracteriza, si su alma siente por mí esa profunda simpatía susceptible de trasformarse con el tiempo en amor.

Nosotros estamos en el caso de proceder en todos los actos de la vida con íntima franqueza, con entera verdad, dejando á un lado las preocupaciones y cortapisas sociales que más que á otra cosa conducen al fingimiento y á la hipocresía. La verdad es siempre lo que más vale; así pues, querida amiga mia, no tema V., si le soy indiferente ó antipático, si me ama ó me aborrece, manifestármelo con sinceridad: no le importe á V. nada, María, en oca-

sion tan trascendental como la presente, mi felicidad ó mi desgracia.

El rostro de María se animó con mis palabras: su agitacion se habia calmado: estaba casi tranquila.

—Pues bien, amigo mio, me respondió despues de un momento de páusa, y como haciendo un esfuerzo sobre sí misma para dominar algun resto de pudoroso reparo, voy á contestar su pregunta.

Ignoro las causas que en estado sonambúlico me indujeron á hacerle las promesas que há pocos instantes me refirió; pero sean aquellas las que quieran las respeto, y estoy dispuesto á cumplir las últimas.

—Ah!... entonces.... si solo el compromiso vá á guiar en este caso su conducta, repliqué, yo le relevo del cumplimiento de sus promesas.

—Gracias por su generosidad, pero no acepto—me respondió, y siguió en esta forma. Usted sabe que en semejante estado es el alma quien se manifiesta en toda la potencia de sus sentimientos, porque irradiando fuera de la materia solo concede importancia á la verdad; por consiguiente, aquellas palabras, aquellas ofertas, fueron una pura manifestacion de los sentimientos de mi alma. A usted le queda sin embargo el derecho de calificarla de imprudente, y hasta si se quiere, de indigna de una jóven; pero allí no exitía la mujer, y si el espíritu que prescindiendo de todas las consideraciones de la vida social, obedecía á sus propios impulsos, ó tal vez á imperiosas sujestiones del destino.

Así ha sucedido, amigo mio, porque sin duda así debia de suceder; y aun cuando su juicio sea desfavorable respecto á mi conducta, yo me congratulo por ella y hasta la bendigo por cuanto sus frutos hasta ahora han consistido en la regeneracion de un ser.

Pesadas, pues, en la balanza de la justicia las circunstancias ocurridas entre nosotros, no seré yo ciertamente quien le niegue el derecho de su reclamacion, como tampoco quien escuse el cumplimiento del deber.

Realizada la condicion debe realizarse la promesa.

Oh!... gracias, gracias, encantadora María, exclamé arrebatado de entusiasmo y besando una de sus manos con que tenia asidos los hierros de la reja.—Usted es el ángel de mi redencion; á usted solamente debo toda mi felicidad en la tierra.

—No blasfeme Vd. amigo mio—me replicó con indecible dulzura.—Toda la felicidad proviene de Dios.

—Es cierto pero nos la manda per medio de sus ángeles.

Sin embargo, continué deseando una mas esplícita y franca resolucion, no soy todolo feliz que pudiera. Cierto que sus manifestaciones sonambúlicas fueron la fiel expresion de los sentimientos de su alma; mas usted misma reconoce y me asegura que allí no existia entonces la mujer, y sí solo el espíritu que prescindiendo de la vida social obedecia, tal vez, á sujestiones imperiosas del destino.

Cierto es tambien que Vd. bendice la conductade su espíritu, me considera conderecho á reclamar su ofrecimiento, yestá pronta á cumplirlo: todo eso es cierto y me proporciona un grado de dicha que en realidad no merezco; pero, María, ¡es el verdadero amor tan exijente! que para satisfacerse por completo necesita de más esplícitas declaraciones.

Ya comprenderá Vd. el verdadero sentido de mis palabras.

—Lo ignoro, amigo mio, y desearía me lo declarase.

—Me refiero, á que si bien toda clase de sentimientos buenos brotan espontáneamente del alma, para hacerlos efectivos en la vida de relacion en la existencia humana, tienen que ser solidarios de la materia, del temperamento orgánico, puesto que la manifestacion positiva de ellos está en las acciones del cuerpo, quien no pocas veces se revela contra el espiritu y le vence. ¡Son sus intereses tan encontrados!

—Además, la buena educacion impone compromisos ineludibles para la dignidad de la honradez ante los que muchas veces se sacrifica al corazon; y por más que ninguna de dichas circunstancias concurran en nuestros asuntos amorosos ni tengan forma real en mi imaginacion, la sola idea de que en el mundo existen, anublan algun tanto mi felicidad.

Yo que la amo á Vd con toda mi alma y de continuo sueño en la inmensa ventura de llamarla mi esposa, necesito para completar por hoy mi dicha, para llenar mi corazon, saber que María, *la mujer*, el ángel humanizado corresponce á mi pasion, no por compromiso, ni por agradecimiento, ni por caridad, ni por ninguna consideracion del cielo ni la tierra, sino porque su espíritu lo siente, porque su corazon lo manda, porque todo su ser participa de esa aspiracion, de ese deseo, de esa necesidad. ....

—Tiene Vd. razon, me respondió enternecida aunque sonriéndose para disimular su emocion.—Hé sido poco esplícita, grave, y hasta severa en mi respuesta. Y puesto que su amor es honrado, sus intenciones puras y me ofrece una franca manifestacion de mis sentimientos respecto de los suyos hácia mí, no debo tener inconveniente alguno en asegurarle, que correspondo á su pasion y accedo á sus pretensiones, porque..... yo tambien le amo.

Al pronunciar María esta divina frase, estaba encantadora.

Su densa palidez se habia trocado en subido arrebol. Sus ojos bajos é inclinada sobre el pecho su cabeza, presentaba una actitud humilde, vergonzosa, que manifestaba claramente el inmenso sacrificio que su pudorosa timidez acababa de hacer con una revelacion que por lo general las jóvenes reservan al hombre para cuando la franqueza del trato amoroso les autoriza ya sin sonrojarse, á manifestarle sus más ocultos y naturales sentimientos.

Arrebatado de entusiasmo y alegría, rebosando mi alma de felicidad, díle gracias por su franca manifestacion; le bosquejé un sencillo y poético cuadro de la dicha reservada en este mundo á los séres que atraidos por un mútuo é imperecedero amor se unen con el indisoluble lazo del matrimonio, y terminamos aquella feliz entrevista jurándonos eterna constancia, y cambiando en ratificacion de nuestras solemnes promesas, la rosa que por algunas horas habia ostentado en su pecho, por un busto fotográfico que conservaba en mi cartera.

Los primeros resplandores de la aurora asomaban por Oriente, cuando María me daba su cariñoso *adios* de despedida.

Aquella noche fué la más feliz de mi existencia, y su gratísimo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.

La declaracion de María habia decidido mi porvenir: iba á ser dichoso teniéndola por amante compañera en esta transitoria vida; además, el absoluto convencimiento de una existencia infinita para el espíritu unida á la última parte de su profecía, me garantizaba la eterna prolongacion de sus amores.

¿Qué más dicha pudiera apetecer mi alma?

Sólo, despues de separarnos, y vagando á la ventura por aquellos deliciosos lugares que cada vez se bañaban más con la claridad del dia, brotaban en mi mente mil proyectos de ventura para el porvenir.

Toda mi existencia se concentraba por entónces en una aspi-

racion; todo mi pensamiento se fijaba en un objeto: María, y mi union con ella, eran las únicas ideas que llenaban mi cerebro y hacían latir mi corazon.

El pasado, dormia profundamente en mi memoria.

Sin saber cómo me encontré en el arroyuelo que circunda parte del montecillo donde la casa se sitúa, y era tanta la abstraccion de que me hallaba acometido, que á no ser por el ruido que sus claras aguas producian al precipitarse de un peñon, hubiera hundido mis piés en su arenoso cauce.

Pero despertando de aquel ensimismamiento profundo, y volviendo de repente á la realidad, mi conciencia, como tratando de imponer un castigo á mis inmerecidas pretensiones, fué presentándole á la imaginacion los cuadros más terribles del pasado.

Oh!... cuánto sufrí por algunos momentos!... ¡Qué transicion tan brusca se operó en mi alma al escuchar dentro de mi propio sér los nombres de Adolfo, Magdalena, Ricardo y Carlota! Tú, que conoces el negro episodio de mi vida que con los dichos nombres se relaciona, podrás comprender toda la extension de mi dolor y apreciar la intensidad de mi pena.

Hice un esfuerzo para borrar de mi memoria tan importunos recuerdos; más no pude conseguirlo.

La conciencia se empeñaba en hablarme, y hube de escuchar su severa voz á mi pesar.

«La calma del espíritu, me decia, sólo se disfruta practicando las virtud: recuerda tu pasada vida, y juzga si eres acreedor á la felicidad á que aspiras.

Entonces vino á mi mente el recuerdo de aquella fatal historia con todos sus pormenores, con sus más minuciosos detalles, y despues contemplé á mis víctimas que ténues, vaporosas, fluídicas cruzaban el espacio ante mis ojos esclamando con voz dulce y simpática: «Ninguna falta queda sin expiacion: tú expiarás tu crímen en la tierra, y vendrás purificado entre nosotros: no desfállezcas en la prueba.»

Aquello habia sido una ilusion, un delirio, una pesadilla que habia tenido despierto.

La salida del Sol y el canto de los alegres pajarillos borraron de mi alma tan fatales impresiones y quedé tranquilo reanudando mis idéas interrumpidas.

Desde entonces solo María ocupó mi pensamiento.

Los dias sucesivos que permanecí en la quinta, fui tan dichoso como el de mi declaracion. Puestos ambos ya en inteligencia todas las noches dedicábamos un rato á hablar de nuestro amor y á trazar planes venturosos para el porvenir.

Ya ves, amigo mio, si con sobrado fundamento te aseguraba ser «casi feliz.»

María, el ángel de mis sueños me ama, y mi espíritu se encuentra satisfecho con las nuevas creencias que á tu cariño y enseñanza debo.

(*Se continuará*).

M. GONZALEZ.

ESTUDIOS DE METAFÍSICA.

DIOS.

Conclusion.

III.

Dos escuelas se disputan el honor de haber encontrado la fórmula filosófica que resuelve el gran problema de la creacion, y ambas se encuentran llenas de terribles dificultades.

El *dualismo divino*, que considera al universo independiente y fuera de Dios, establece dos séres primordiales coeternos, independientes y finitos. Esta doctrina destruye la unidad, y atribuye á la materia inteligencia y poder.

El *Panteismo,* confunde la inteligencia y el poder infinitos con lo ininteligente é impotente, y con la inteligencia y poder limitados; teoría tan errónea como la anterior y que la esperiencia misma la destruye.

Para ser, pues, lógicos, y una vez rechazadas ambas hipótesis, no pudiendo en manera alguna aceptar la vulgarísima creencia de que *Dios haya creado el universo de la nada,* forzoso nos es admitir como racional la idea de que Dios ha formado el universo de Sí mismo. Pero como la razon y la esperiencia nos patentizan *dos modos*, dos propiedades y dos atributos, en el Todo, ó sean, un elemento infinitamente ininteligente, poderoso y perfecto, ordenador

y sostenedor del órden, y otro, inteligente, impotente, perfectible, ordenado y dirigido, se hace preciso establecer una nocion que mantenga la unidad de Dios contra el *dualismo*, y la distincion de la causa y el efecto contra el *panteismo;* se hace indispensable, para no caer en contradicciones, considerar á Dios como Sér único, como *unidad sintética de dos esencias* naturalmente simples, naturalmente distintas, naturalmente necesarias, naturalmente complementarias, en cuya unidad, en cuyo ser existe toda la perfeccion desde el grado mínimo al grado máximo, que es en lo que consiste la más perfecta perfeccion. En la existencia de lo *más* se encierra siempre la existencia de lo *menos*, y para que Dios sea el Sér absoluto é infinitamente perfecto, tiene que ser lo relativo y lo absoluto, lo límitado y lo infinito, lo ménos y lo más, el princípio y el fin; porque lo relativo, lo limitado, lo ménos y el principio, son grados de perfeccion y realidad de lo absoluto, de lo infinito de lo más y del fin; y lo absolutamente real y perfecto, necesita para serlo, como lo hemos ya manifestado poseer en sí mismo todos los grados posibles de perfeccion.

En el Todo, debe de existir toda existencia posible para que sea formalmente el Todo. Sin las ideas de lo relativo, de lo finito y de parte, no existirían las de lo absoluto, del infinito y del Todo: sin la estos tampoco existirían aquellas. Luego son solidarias. Lo relativo y lo absoluto, lo limitado y lo infinito, el todo y la parte, el más y el ménos, el principio y el fin son realidades que se afirman mútuamente, realidades naturalmente necesarias que dejarian de ser sin el mútuo é íntimo consorcio, sin la síntesis perfecta, sin la perfecta unidad.

Si el *más* y el *ménos* no existieran en el Todo, la perfecta perfeccion no existiría en el Sér, y cualquiera de los grados de perfeccion que reconocemos, aun cuándo fuese el más ínfimo, sería la única perfeccion posible. Luego, lo repetimos, para ser el Todo el Sér absolutamente perfecto, necesita encerrar en sí desde la me-

Pero la mayor y la menor perfeccion (1) no pueden ser iguales;
nor hasta la mayor perfeccion.
entre ámbos términos debe existir diferencia, y esta tiene que ser infinita; porque de concederle limitacion alguna, el *más* y el *mé-*

(1) Estos dos términos representan uno, lo infinitamente perfecto; otro, lo infinitamente perfectible.

nos dejarían de ser, y por consecuencia la absoluta perfeccion.

Luego existen en el Todo *dos elementos distintos*, uno infinitamente absoluto y otro infinitamente relativo; lo cual implica dos clases de propiedades: *perfeccion y perfectibilidad*.

Mas como todo elemento y propiedad determina *un algo* y todo *algo* es sustancia, existen en el Todo dos elementos, dos algos, dos sustancias distintas con distintas propiedades. Esto es evidente.

IV.

De considerar á Dios en cualquiera de los sentidos que lo hacen los sistemas filosóficos, antiguos y modernos, incurririamos en absurdos ó en contradicciones.

El *teismo*, en cualquiera de las religiones admitidas, hace á Dios creador echando mano de la nada para la confeccion del Universo.—Absurdo.

El *ateismo* le niega al efecto la existencia de la causa.—Absurdo.

El *teismo materialista* hace la causa del efecto.—Absurdo.

El *panteismo* supone que todo ser es una parte integrante de la inteligencia, de la sensibilidad y de la voluntad infinitas de Dios, puesto que á Dios le concede tales atributos, y vemos á la materia que no posee estas propiedades, y al espíritu en donde son muy limitadas.—Contradiccion.

Luego ninguno de estos sistemas, tal y como se presentan, es lógicamente aceptable.

Si el *teismo* considerase á la voluntad é inteligencia divinas *formando* ó creando la forma de lo informe, ó lo que es lo mismo, á la materia de lo inmaterial;

Si el *ateismo* viese en el Universo una causa secundaria de sus propios efectos, regida por otra superior de que la secundaria y sus efectos fuesen parte;

Si el *teismo materialista* agregase á la naturaleza visible la invisible para considerar al todo causa;

Y si el *panteismo* admitiese que todos los seres parciales pertenecen al Ser total ó que se encuentran solamente incluidos en Él todas estas creencias serian, en cuanto á su base, lógicas, porque implicarían la de un ser sintético de dualidad esencial distinta.

Con un Dios infinito en estension, en inteligencia, en sensibilidad y en poder, con un todo idéntico á Sí mismo en esencia y

propiedades, no es posible ningun sistema, ninguna ciencia, ninguna vida, ningun ser relativos, perfectibles, progresivos. Con la unidad esencial infinita, no puede haber más que un sistema, una ciencia, una vida, un ser, una posibilidad y un modo; todo igual, inútil todo, sin aplicacion ni consecuencias.

Pero, ¿qué necesidad hay en considerar al Todo constituido de una idéntica naturaleza esencial, de un mismo modo y de igual propiedad en toda su estension? ¿Quién se ha forjado semejante delirio? ¿Quien demostrará tan imposible concepto? ¿Hay algun ejemplo en la naturaleza que nos incline á admitirlo? ¿Existe alguna razon que nos obligue á aceptarlo? Confieso francamente que no encuentro motivo para aferrarse en sustentar esta idea, y por el contrario afirmo que la experiencia y la razon nos inclinan y obligan á sentir, á conocer y á inducir la existencia de dos cosa distintas, de dos modos diferentes, de dos elementos de semejantes componentes del Todo, constitutivos del Ser, suplementarios del Infinito.

Y en nada destruye esta idea los atributos de la Divinidad, en nada los aminora; en nada los mancha; el carácter infinito de todos ellos queda en su más estricto vigor, en su más estricta necesidad, en su más estricta potencia. ¿Dios es infinito considerado estensamente? Pues es el Ser sintético de la dualidad esencial del Todo. ¿Es Dios infinito en intension? Pues siendo el mismo Todo, suya es la ciencia, el conocimiento y el poder total, porque todo es en el Ser y del Ser es todo. ¿Qué necesidad hay para que el Infinito exista, que todo sea idénticamente esencial? ¿Qué razon nos fuerza á suponer que existiendo dos esencias distintas deba empezar una donde termine otra y limitarse mútuamente interrumpiendo la continuidad?—Ningunas ciertamente. Aun cuando el infinito fuera susceptible de dividirse en dos partes siendo ocupada cada una de ellas por una esencia distinta, constituyendo el Todo la síntesis de ambas, no habria limitacion ni interrupcion alguna, y el Infinito seria una realidad metafísica como estando formado de una sola é igual esencia. Pero ni aun esta dupla uniformidad es necesaria. La dualidad esencial del Todo, del Infinito, no se encuentra separada, no existe ninguna línea divisoria que independencie lo absoluto de lo relativo, lo perfecto de lo perfectible; muy por el contrario, su union es íntima, su relacion es completa, su compenetracion es absoluta, su accion indispensable en el Infinito;

porque de otro modo, lo relativo y perfectible seria lo absoluto y perfecto siendo, y obrando por sí, caeríamos en el dualismo absurdo que separando á Dios del Universo presenta dos seres limitados é independientes, dos unidades perfectas que se excluyen, dos principios completos, dos divinidades.

Como lo absoluto en perfeccion es la causa y el sosten de lo relativo perfectible su vida, su sávia, su ser, en una palabra, el elemento relativo perfectible tiene, para ser lo que es, que recibir accion del elemento absolutamente perfecto; tiene que estar en él para ser por él; y no puede separarse de lo que le hace ser, porque dejaria de ser.

Esta misma idea ha querido, en nuestro concepto, espresar C. Flammarion al decir: «La inmensidad infinita está ocupada por su presencia (de Dios), ubicuidad inmóvil, toda entera en cada punto del espacio, toda entera en cada instante del tiempo, ó por mejor decir, eternamente infinita, para la cual no existen ni el tiempo ni el espacio ni ningun órden de sucesion». (1). . . . .

. . . .

Se puede, pues, considerar á Dios como un pensamiento inmanente, residiendo inviolable en la esencia misma de las cosas, sosteniendo y organizando así á las criaturas más humildes como á los sistemas más vastos de soles; porque las leyes de la naturaleza ya no estarían fuera de este pensamiento, esas no serian sino su espresion esterna.» (2)

Robustezcamos nuestra anterior afirmacion.

Dos elementos forman el Todo, el Infinito, el Ser.

Uno absolutamente perfecto donde existe la inteligencia y el poder Infinitos.

Otro perfectible que se desarrolla por la accion del perfecto.

En el primero está la realidad suma, lo que todo lo realiza.

En el segundo, la posibilidad de la realidad parcial, lo realizable. (3)

---

(1) Flamm. *Dios en la naturaleza*. pág. 369.

(2) Idem, id. id. pág. 370.

(3) Esta *realidad y posibilidad de realizarse* no se refieren á la esencia, que esta siempre es real; sino á la perfeccion, al *modo*, que es la posiblemente real y lo posiblemente realizable.

La esencia realizable necesita, para realizarse, estar en la real y recibir su accion.

La esencia real, para realizar á la realizable, tiene que estar en ella é influirla.

De donde resulta, que no puede haber separacion entre ambas esencias, que cada una de ellas está en la otra, y que se son mútuamente necesarias. Y esta mútua necesidad es lógica. Lo que es potencia necesita de lo impotente relativo para obrar y esta accion es lo que hace positiva su potencia. Un todo igual en poder no tendria donde accionar y anularia su potencia.

Vemos, pues, que la infinitud en nada se opone á la dualidad esencial.

La *unidad* tampoco es incompatible con la dualidad esencial. Dios es único porque no existe otro ser realmente absoluto, y todo lo que se realiza en seres relativos pertenece á su esencia y á su Ser.

La *simplicidad* divina se encuentra en la dualidad esencial física y metafísicamente.

El Ser es físicamente simple, porque las dos esencias que lo sintetizan lo son por naturaleza, y ni se descomponen ni se combinan; solamente se confunden para obrar una sobre otra en movimiento y en reflejo.

El Ser es metafísicamente simple porque no es conjunto de partes, no es suma de sumandos, no es infinito numérico, sino un Todo permanente en sí, á cuyo *Todo* pertenece exclusiva y absolutamente la naturaleza perfecta é infinita, como Ser único que es.

La *inmutabilidad* de Dios es posible y real dentro de la *distincion esencial* de su ser. Inmutable es lo que no varía, lo que siempre se manifiesta de igual manera, y Dios que desde la eternidad de su existencia es y se manifiesta lo mismo, constituye la realidad absolutamente inmutable.

¿Y quién de esta infinitud, de esta unidad, de simplicidad é inmutabilidad del *Todo*, osaria deducir la abstraccion del *Ser*, ó sea el vacío, la nada del movimiento, de la vida y de la multiplicidad, que como tal resultaría de la unidad esencial de todo lo que es?—Nadie que sepa que en la variedad infinita se encuentra la infinita perfeccion; nadie que comprenda que la multiplicidad se realiza en la naturaleza única é indivisible del Ser que tiene en Sí todos los elementos, y que efectuándose todo dentro del Todo, nada

puede separarse ni emanciparse del Ser para dividirse, porque *Todo* es la naturaleza radical de la sustancia del Ser.

Si de aquí pasamos á los atributos morales de Dios, encontraremos un nuevo argumento que reforzará nuestra tésis de la *distincion esencial* del Ser. En efecto, reconociendo en la Divinidad, como no puede menos de reconocerse, el poder, la justicia, la misericordia y la bondad infinitas, fundamentos de todos los demás atributos, la primera idea que se despierta en nuestra mente, es la de *la necesidad de ejercerlos en algo;* y consecuentemente la de *la existencia de un algo en el Todo que careciendo de ellos* le sea indispensable recibir; sentir y apreciar sus efectos. Porque ninguna propiedad ni atributo obra ni se manifiesta á sí mismo siendo indispensable la existencia de algo distinto, en que influir y reflejarse. ¿De qué serviría un poder sin elemento donde obrar? ¿Qué sería el sentimiento de justicia sin tener en qué ejercerlo? ¿Qué aplicaciones tendrían la misericordia y la bondad sin seres á quienes prodigarlas? Tales propiedades encerradas eternamente en ellas mismas donde no podrían jamás obrar ni manifestarse, serian su propia anulacion. La luz no alumbra á la luz sino á las tinieblas. Un ser esencialmente idéntico á Sí mismo como idéntica propiedad en toda su estension infinita, sería la inaccion, la infecundidad, la inutilidad, la anulacion de la vida, la negacion de la existencia.

La idea de los atributos de Dios, oscurecida al espiritu por el pueril temor de la investigacion, se hace necesario esclarecerla si se quiere formar un juicio lógico y en armonía con la esperiencia científica actual, de la forma y modo con que se nos manifiesta el Ser. Para ello es indispensable recurrir á los dos órdenes de pruebas positivas con que el hombre cuenta para adquirir conocimiento de las cosas, ó sean á las físicas y á las metafísicas, á la naturaleza y á la inteligencia, á la experiencia y á la razon. Verdad es que todas las ideas concebidas respecto de Dios no son mas que diferentes formas de una misma idea, pero como la forma constituye el modo y este marca el grado de perfeccionamiento propio del espiritu, en lo tocante al Principio, debemos elevar nuestra razon para encontrar siempre una idea en armonía con nuestra necesidad de concebir que al mismo tiempo nos acerque á su conocimiento y nos aleje del antropomorfismo.

Tal es el objeto que nos conduce al iniciar este lijero estudio cuya ampliacion y dilucidacion dejamos al cuidado de nuestros

competentes hermanos que en la prensa espiritista nos ilustran. Tal vez sean ridículas ó exageradas nuestras aspiraciones; pero opinamos y sentimos, que en lo tocante á toda clase de cuestiones filosóficas y religiosas el espíritu no debe contentarse nunca con las nebulosidades de una idealogia incomprensible, sino que su constante aspiracion debe tender á concretar sus ideas, á darse clara cuenta de sus concepciones, y á traducir sus creencias en teoría.

Terminamos, pues, reconociendo que nuestra fuerza de razonamiento es aun muy débil para tratar tan árduas cuestiones; más en medio de nuestra pequeñez comprendemos que de *la unidad escencial absoluta de Dios* ó sea de *su propia identidad sustancial*, resulta la imposibilidad de su creacion.

M. GONZALEZ

BOLETIN JUDICIAL.

TRIBUNAL DE CORRECCION DE PARIS. (SALA 7.ª)

PRESIDENCIA DE M. MILLET.

Audiencia del 16 de Junio de 1875.

El Espiritismo.—Las fotografías espiritistas.—Estafas.

PROCESO DE BOUGUET Y LEYMARIE.

Continuacion. (1)

En tanto, estas maniobras despertaron la atencion de la justicia por la publicidad que recibian en la *Revue Spirite*. M. Lombard, funcionario de órden público, encargado de hacer esperimentos en el servicio fotográfico de la prefectura de policía puesto bajo su direccion, llegó á deducir que la reproduccion de los pretendidos espectros no tenia lugar á la vez que la de los evocadores que figuran en la misma prueba, sino que provenia de dos operaciones sucesivas, de las que la primera facilitaba la imágen aparente del finado.

(1) Véase el número anterior.

El 22 de Abril de 1875 M. Clement, comisario de policía, acompañado de M. Lombart y del inspector gefe Belin de Ballu, se presentó en casa de Buguet para probar el flagrante delito, en virtud de mandamiento judicial.

Los señores Lombard y De Ballu empezaron por presentarse sólos, y preguntaron al acusado si podria reproducir la imágen del padre del último. El fotógrafo respondió afirmativamente, hízoles subir á la galería, situada sobre la azotea, se alejó durante algunos instantes, y volvió trayendo un chasis cerrado, que contenia la plancha bañada en colodion. Púsolo en la cámara é hizo colocarse á foco á M. de Ballu, encargándole pensase en su padre; despues, y ya habiendo destapado el objetivo, fué á apoyar su cabeza contra la pared para que se creyera que iba á entregarse á una evocacion.

En tal momento, intervino M. Lombart, y dándose á conocer en su calidad de empleado, preguntó á Buguet si el cliché no contenia una impresion tomada en otro lugar. Después de algunas vacilaciones, el acusado se decidió á declarar que, en efecto, contenia ya una imágen preparada algunos momentos ántes en otro gabinete.

El comisario de policía se presentó entónces é invitó á un inspector del ramo, encargado del servicio fotográfico, á verificar sobre el cliché despues de sacarlo del chasis, las operaciones necesarias para revelar la imágen. Estas hicieron aparecer una figura dehombre y otra de muger, de forma confusa. Buguet esplicó esta doble aparicion, refiriendo que, aunque generalmente sólo se le pedia la de un espíritu, á menudo hacia grabar dos espectros á la vez por ser más agradable á los clientes.

No opuso dificultad alguna en revelar su procedimiento é hizo saber que se servia de una muñeca, cuya cabeza cambiaba á voluntad, y que la hacia colocar delante del cliché por corto tiempo y á media luz en un gabinete aparte de aquel en que el cliente esperaba, situado en otro estremo de la casa. Hallóse en efecto en este laboratorio, sobre una pilastra de madera pintada, una muñeca articulada, de quince centímetros de altura, cuya cabeza estaba sustituída por otra de carton que representaba la de un anciano; el cuerpo se encontraba vestido de una gasa azul y de un pedazo de tela negra que disimulaban las articulaciones. A corta distancia y colocado á foco habia un aparato fotográfico. Por in-

vitacion del comisario de policía, Buguet produjo la imágen de un espectro tomándola de la muñeca, cuya ligera envoltura parecia un sudario.

La indagacion practicada en casa del acusado hizo que fuese descubierta, en un gabinetito dependiente del taller, una caja de madera conteniendo 240 cabezas de ámbos sexos y de diferentes edades, recortadas y pegadas en carton, despues de haber sido obtenidas al fotografiarse personas reales, y de haberlas agrandado. Halláronse otras 59 más en una segunda caja. Estas cabezas le servian para dar variedad á sus apariciones espectrales.

Cogióse otra muñeca articulada, cubierta con un velo verde, la cual servia con especialidad para simular las apariciones de niños; además una careta de carton representando una calavera, várias pelucas y barbas postizas, una lira y una guitarra. Ultimamente se ha encontrado en casa de un señor Piedefort, relojero, una caja de música llamada de Castel, que el conde de Bullot, profundo espiritista, habia dado á Buguet, y que éste habia mandado componer; parece haberle servido para acompañar sus pretendidas evocaciones con sus acordes más ó ménos armoniosos.

El acusado confesó haber tenido por recurso para la confeccion de sus pruebas llamadas espiritistas, subterfugios y procedimientos puramente materiales, en los que ninguna pretendida influencia magnética ó espiritista podia caber. En 1873 habia comenzado por fotografiar a sus empleados, y de sus retratos se servia para imágenes de espectros.

Su sistema se limita á hacer notar que no garantizaba la semejanza de los evocados, y que si ha aprovechado el error de sus engañados, no lo ha provocado él.

Empero de una parte, la impostura existia, fuera de toda garantía en el parecido, en la afirmacion de una intervencion sobrenatural, de los espíritus y de la facultad de atraer esta intervencion.

Por otra, aparte de la publicidad que la *Revue Spirite* daba periódicamente á su punible industria, hacia poner en el periódico el *Galignam's Messenger*, anuncios, cuyas minutas han sido halladas en su casa, y un estrepitoso reclamo en el *Figaro*.

Cuando en la primera prueba no se obtenia ningun resultado atendible, lo que naturalmente habia de suceder en la mayor parte de los casos, Buguet sabia persuadir á sus clientes para inten-

tar otra segunda ó tercera prueba, y algunas veces hasta una cuarta, de las que hacía esperar el éxito por medio de la comunidad de evocaciones, y percibia el precio de todas estas operaciones sucesivas. Conviene añadir que la mayor parte de los testigos oidos han declarado haber sido movidos á dirigirse á M. Buguet por los artículos de la *Revue Spirite*, que lo presentaban como un excelente *médium* para obtener fotografías espiritistas, y que publicaba las pruebas por él sacadas, seguidas de encomiásticos comentarios.

Algunos de esos desgraciados han llegado por dicha lectura á un estado de exaltacion tal, que, á pesar de la revelacion de los fraudulentos procedimientos empleados por Buguet y sus propias confesiones, persisten de estar convencidos de una intervencion sobrenatural para la obtencion de las referidas fotografías. Bastará citar independientemente de la viuda de Allan-Kardec, quien por otra parte ha recibido gratuitamente las pruebas reputadas de representar la imágen de su marido, y de várias otras personas que continúan creyendo en el carácter maravilloso de los resúltados obtenidos por Buguet, su principal engañado, el conde de Bullot, quien ha frecuentado su casa alrededor de cincuenta veces y le ha remitido en diversas *reprises* sumas que se elevan en totalidad á 3 ó 4,000 francos desde el mes de Agosto de 1874.

Este creyó reconocer un dia en una prueba obtenida por el acusado á una hermana suya, viva áun y residente en Baltimore (Estados-Unidos). Leymarie le persuadió de que existia allí una manifestacion del fenómeno de *bicorporeidad* descrito por Allan-Kardec en sus obras, y consistente, segun la doctrina de los espíritus, en el *dedoublement* del cuerpo de una persona viva que gozaria de la facultad de aparecer, durante su sueño, en un lugar alejado de aquel en donde realmente descansa. El conde de Bullot consintió en atestiguar este hecho por una carta que Leymarie se apresuró á insertar en su *Revue*.

Leymarie ha estado mezclado activamente en las manifestaciones de Buguet. Refiere para su defensa que habiendo tenido noticias á fines de 1873 de los ensayos de fotografía espiristita hechos por Buguet, habia asistido á esperiencias hechas en su casa en presencia de sábios y de publicistas, y que, no habiendo descubierto nadie la superchería, habia creido en la existencia de un fenómeno sobrenatural. Pero Buguet afirma que Leymarie no ha

podido estar de buena fé: que sabia que los procedimientos eran ficticios. Esta afirmacion está confirmada por el cajero de la *Revue Spirite*, señor Jouffroy, y descansa sobre hechos materiales que se desarrollarán en el trascurso de los debates.

(*Se continuará*).

CONTESTACIONES ESPIRITISTAS EN CADIZ.

El reputado literato D. Romualdo Alvarez Espino, profesor de Psicologia en el Instituto de Cádiz, que goza merecida opinion de escritor fácil y correcto, publicó el dia de Difuntos un artículo bajo el epígrafe de «La vida y la muerte», y terminaba con los siguientes conceptos:

«¿Creeis, en fin, que las almas vuelven á nacer? ¿Resucitais la vieja teoria de la *trasmigracion*? Reparad que la doctrina de las vidas sucesivas, es una forma de la vida eterna, y sin duda la mas conforme con vuestra creencia en la circulacion de la materia. Contra ella solo os haremos observar, que al nacer ¡hemos perdido completamente la memoria de las vidas anteriores; y que si es así, no se concibe el por qué dé tanta y tanta existencia repetida; este modo de ser inmortal, escapa al dominio de la ley de *finalidad*. ¿Pensais poner así un límite al poder creador de Dios? Qué! . . . . no podrá este producir un alma para cada cuerpo? Diversificando tanto la materia ¿no sabrá diversificar los espíritus? Compréndense la rotacion en los átomos, y el flujo y reflujo en las moléculas: mas no puede aplicarse igual ley á los seres simples é inmateriales, sin incurrir en las groseras hipótesis de la metempsícosis antigua, ó en los ridículos antojos del espiritismo moderno.

. . . .

Bah! Lancemos este libro en una fosa para que se pudra con los cadáveres; ahuyentemos el negro y fatídico espíritu de su autor, elevando al cielo nuestra plegaria por los muertos!...»

ROMUALDO A. ESPINO.

Nuestro hermano en creencias Marin y Contreras creyó que debia salir al encuentro de este ataque, y publicó en el mismo periódico las cartas siguientes:

Sr. Director del *Diario de Cádiz.*

Muy señor mio: Ruego á usted que tenga la bondad de dar cabida en las columnas de su periódico al siguiente escrito que dirijo al señor don Romualdo Alvarez Espino, á cuya gracia estará reconocido su atento servidor q. b. s. m.—*Juan Marin y Contreras.*
3 de Noviembre 1875.

«Sr. D. Romualdo Alvarez Espino.

Cádiz 3 de Noviembre de 1875.

Muy señor mio: Un insulto, aún despues de una bien entendida crítica, sienta mal—creo yo—en personas que se respetan y saben respetar á los demás. Cuánto peor ha debido sentar á los espiritistas de Cádiz el insulto inmotivado que usted les dirije al final de su artículo de ayer, inserto en el *Diario de Cadiz*, en el que califica usted al moderno espiritismo de ridículo y antojadizo.

No, señor don Romualdo; no todo lo que se dice espiritismo es espiritismo. Pero el espiritismo verdadero es estudiado por una escuela de hombres sérios: es profundamente religioso; tiene una filosofía y enseña la moral más intachable de cuantas se han enseñado; cuenta por millones sus adeptos en todas las clases de la sociedad, y en todas las naciones de la tierra; y no merece—pienso yo—que se le aprecie, ó mejor dicho, que se le desprecie tan á la lijera, como usted lo ha hecho.

Si los periódicos políticos, que son en general agenos al espiritismo, no permiten abrir discusion en sus columnas sobre puntos de doctrina espiritista, periódicos ó revistas hay especiales, libros en gran número, y folletos donde se tratan estas materias.

Deseo que conste: que el espiritismo no rehuye nunca la discusion bien intencionada. Y que conste tambien que no enseña la rotacion en los séres simples é inmateriales, como la rotacion en los átomos y el flujo y reflujo en las moléculas inconscientes. Pero si enseña la actividad incesante del espíritu cons-

ciente á través de sucesivas vidas, como medio de merecer y adquirir la dicha, la satisfaccion de todas sus necesidades y aspiraciones legítimas, en progreso indefinido.

Tengo el gusto, con este motivo, de ofrecerme de usted, atento servidor q. b. s. m.—*Juan Marin y Contreras.*»

Contestó en el periódico del dia 5 el Sr. Alvarez Espino:

Sr. Director del *Diario de Cádiz.*

Muy señor mio: Le suplico que inserte á continuacion las adjuntas líneas con que respondo á la carta del señor don Juan Marin y Contreras, favor que le agradece su buen amigo y afectísimo servidor Q. B. S. M.,

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

«Sr. D. Juan Marin y Contreras.

Muy señor mio: Así como no se le ha ocultado, con gran contento mio, que mi artículo del dia de Difuntos, no es un escrito de polémica, porque ni un periódico político es el lugar apropósito para suscitarla, ni las circunstancias particulares que me rodean me permitirian sostenerla serena y firmemente, habria deseado que con menos susceptibilidad de su parte y más justicia para conmigo, hubiera rechazado la idea de que en mi escrito existe la intencion de insultar, ni el hecho del insulto, contra doctrina ni opinion alguna.

Nunca entendí que al deducir de una teoría su absurdo ó su ridículo, se la infiriera un insulto: y cansado debe de estar el espiritismo, aun entendido del modo mesurado y prudente con que parece entenderlo usted, como lo está el espiritualismo que yo profeso, de oirse llamar por materialistas, positivistas y escépticos, algo más que risible y falso. Es claro que al impugnar una doctrina, no se la puede llamar *formal* ni *buena*: al atacarla, es preciso herirla con los dictados de *errónea*, ó de *pueril* y *vana*.

Por lo demás, quiero que conste al señor de Marin, que nadie mas respetuoso que yó con las opiniones agenas, puesto que creo que la conciencia es respetable hasta en sus errores; y tal vez en sus errores mas que en otra cosa alguna, sobre todo cuan-

do se expresan en el terreno apacible de la ciencia, sin llevarles al terreno, á veces tumultuoso, de la práctica.

Sepa, en fin, el señor Marin que mi artículo no va sino contra el credo internacionalista, y que no es culpa mia si este admite algunos dogmas espiritistas, sin duda entendidos de muy diversa manera de como los profesa el señor Marin: y con todo, tampoco creo insultar aquella doctrina, con llamarla absurda y decir que concurre á resultados ridículos; porque las doctrinas no se insultan por duramente que se las califique, ni las personas pueden ofenderse por los dictados dirigidos á las doctrinas.

Ruego á usted que lo entienda así y que acepte el testimonio de la consideracion con que se ofrece suyo afectísimo y S. S. Q. B. S. M.»

Romualdo Alvarez Espino.

En vista de la anterior carta, nuestro hermano Marin cerró las contestaciones con la siguiente:

«Sr. D. Romualdo Alvarez Espino.

Muy señor mio: Acepto con verdadera satisfaccion y agradecimiento la esplicacion que usted ha tenido la bondad de darme en su carta-contestacion, inserta en el *Diario* de este dia, y creo por ello, que no ha habido, por parte de usted, intencion de ofender á los espiritistas, y que sabe usted respetar, además, las manifestaciones intelectuales de la conciencia. Quédese pues para otros tiempos y otros lugares—si usted algun dia así lo quiere—la apreciacion de la doctrina espiritista, cuando podamos discutirla, ceñidos, en la esfera serena de la filosofía.

Entretanto y siempre, soy de usted con toda consideracion, atento servidor Q. B. S. M.,

Juan Marin y Contreras.

Cadiz 5 de Noviembre de 1875.

Así ha terminado esta pequeña indicacion de ataque y defensa, sin haber salido de las buenas formas que cumple á personas educadas. Algo y aun mucho más hubiera podido decirse,—sin

faltar á ellas—si los periódicos profanos, refractarios, en lo general, á nuestra doctrina no se negasen terminantemente á entrar ó dar entrada en sus columnas á polémicas espiritistas. Contentémonos pues, con lo que buena y prudencialmente podamos propagar. Pero no consintamos nunca que se den por falsos y ridículos los hechos y las doctrinas, de cuya autenticidad y escelencia estamos íntimamente convencidos, si no queremos que nuestra conciencia nos arguya tarde de felonia ante el peligro.

PROBLEMA DE LA UNIDAD RELIGIOSA.

La Sociedad Barcelonesa propagadora del Espiritismo ha publicado un magnífico cuadro sinóptico de un metro de ancho por setenta centímetros de altura para presentar á solucion el problema de la Unidad religiosa por medio del estudio y práctica del Espiritismo.

Está presentado este Cuadro bajo la forma científica, y es un trabajo interesantísimo en los momentos críticos que atravesamos. Abundan en él los datos históricos, los conceptos de alta filosofía, y un lenguaje elocuente en su parte final que trata de «La Revelacion y el Verbo.»

Los hombres de buena voluntad que se interesan por conducir á la humanidad á la Unidad religiosa, base de todo progreso sólido y bien entendido, deben, si pueden, adquirir este cuadro, para coadyuvar con sus luces á completar el trabajo iniciado por la Sociedad Barcelonesa, y para indemnizarla en parte de los cuantiosos gastos que ha tenido que hacer para la tirada de los cuadros, sin otro móvil que el del progreso de una doctrina, al que todos tenemos un deber de conciencia, de contribuir.

VARIEDADES.

LUCIFER, SATANAS Y MEFISTÓFELES.

CRÓQUIS LITERARIO

POR BENITO MAS Y PRAT.

(Continuacion).

Alejándonos de los sombríos círculos del Dante; dejando que pase la gigantesca sombra de Lucifer, alumbrada por aquellas linternas diabólicas llevadas por troncos animados en las profundidades del abismo, aceleremos nuestro paso para abrir la grande epopeya del género humano con el Satanás de Milton.

Pero ántes de penetrar en las frondosidades del Eden nos hallamos al paso con los alcázares de Armida. El Tasso tambien rinde párias á la preocupacion popular, se complace del mismo modo en el juego de lo maravilloso, y acude como Dante al Infierno para construir la máquina de su epopeya.

En el canto cuarto de la *Jerusalen,* Pluton congrega á las divinidades del Tártaro para preparar la pérdida de los cruzados. Las Esfinjes, las Harpías, las Gorgonas pálidas y su monstruosa cohorte, se dividen en alas rodeando á su rey. Colocado éste en medio, agita el cetro gigantesco: ni el elevado Calpe, ni el montuoso Atlas son comparables á la estatura del Príncipe de las sombras; tiene la barba espesa, el pecho velloso y áspero como si fuese de abrojos, y su boca, profundamente entre abierta, circundada de sangre y cieno. El Cocyto se detiene en torno suyo, y los abismos repiten temblando sus palabras. No es necesario estudiar los anteriores conceptos para comprender la analogía que guarda el Pluton descrito con el Lucifer de la Divina Comedia.

Tasso, pues, no puede competir con Milton y Goethe en originalidad y galanura en la personificacion que nos ocupa, si bien es verdad que no da gran importancia al Rey del abismo, tal vez por creer hallar mejor empleo de las funciones infernales confiriéndoselas al tipo delicioso y original de Armida; así, pues, sólo

se cuida de tomar de Virgilio y Dante algunos toques para aquella pasajera alegoría.

No de otra manera se comprenden los nombres mitológicos que juegan en el canto cuarto, y la especie de copia que de Lucifer nos da en este pasaje del Infierno, tan parecida á la de Dante, y en la cual resalta la ligereza con que fué tocada; circunstancia que no olvida el orgulloso erudito Chateaubriand cuando dice, rifiriéndose á este asunto: «La imaginacion de Dante, agotada por nueve círculos de tormentos, hizo de Satanás un mónstruo abominable, aherrojado en el centro de la tierra; y en cuanto al Tasso, sólo supo ridiculizarlo, armándolo de cuernos.»

Preciso es confesar, sin embargo, que hay en la creacion de la hechicera Armida una especie de personificacion del mal, desconocida hasta entónces, y cuya originalidad envidiarian, tal vez, los más insignes poetas. Armida es la digna compañera de Mefistófeles; parece inspirada por la filosofía moderna; y áun cuando se pretenda buscarle gemelas en Medea y sus derivadas, no será fácil hallar gran copia de analogías que nos satisfagan. El Tasso, pues, está justificado á nuestros ojos.

III.

El Paraiso Perdido abre las puertas de la edad moderna. El célebre ciego de Albion recoge en su inolvidable poema las nuevas idéas que se desarrollan con los niveladores, y la fé que revive con el puritanismo. Su poema está en él: las contradicciones que saltan á la mirada del crítico, son el carácter de la época, que se refleja en la obra como la llama en el cristal.

Milton republicano, conservando sin embargo su orgullo de casta; Milton espiritualista, cayendo á veces en el más refinado materialismo; Milton poeta, pasando la mitad de su vida escribiendo prosa latina; Milton, en fin, llegando al apogeo de la gloria con la política que le oscurece, es tambien una perpétua contradiccion.

Milton, dice uno de sus biógrafos, *nació en la fonda del Águila, tal vez por predestinacion.*

En efecto, águila habia de ser, pero más poderosa que la que reina en el espacio y visita los picachos de los Alpes; pues no sólo

habia de escalar las alturas azules del firmamento, sino que, descendiendo á las tenebrosas profundidades, osaria sorprender los misteriosos embriones del cáos; la lucha de los átomos, atraidos y repulsados por leyes desconocidas; la composicion y descomposicion de la materia orgánica en el seno de lo indefinible; la medrosa huida de los microscópicos habitantes de aquel occéano de sombras, al voltear en gigantesca circunferencia el compás de oro del Hijo del cielo.

¡Con qué deliciosa fruicion abririamos las páginas de su libro, y nos deleitaríamos en algunos de sus peregrinos cuadros! Ya asistiariamos á la primera aurora del Eden, viendo despuntar uno de los primeros dias del mundo, gozando con nuestros padres de aquella frescura de la selva, que incita á saborear las primicias del dia; ya escucharíamos aquel delicioso epitalamio que entonó el ave de la noche, rogando á la estrella que encendiera la antorcha nupcial; ya veríamos á Adan «*incorporarse apoyando su frente en la mano para mirar con éxtasis á su muy amada compañera;*» ya aspirariamos, en fin, aquellas brisas perfumadas por las alas del ángel.

Pocas obras encerrarán trozos de una dulzura tan arrebatadora como las escenas íntimas del Paraiso Perdido. Adan y Eva tienen mucho de Romeo y Julieta, pero les llevan gran ventaja; aquellas noches de amor, pasadas en el seno de una naturaleza vírgen y expléndida; aquellos placenteros éxtasis de los dos primeros séres que apuran en el mundo el delicioso vaso de la vida, están acentuados de tal modo, presentados con tal combinacion de tintas, que arrebatan y seducen á un tiempo.

Hé aqui cómo cuenta Adan á Rafael los detalles de su primera noche.

«Condújela al frondoso lugar destinado para nuestro enlace nupcial, ruborizándose como la aurora. Los cielos y las estrellas faustas derramaron en el supremo instante sus benéficas influencias. Las llanuras y las colinas dieron señales de júbilo: las frescas brisas y los blandos vientecillos nos arrojaron hojas de rosas con sus alas, y nos ofrecieron los aromas de que se empapaban en el bosque florido.

La entrevista del Romeo de Shakspeare será más voluptuosa, pero no más tierna ni delicada. Aquellos dos amantes intranquilos y temerosos, no pueden competir con estos dos primeros esposos,

nacidos uno para otro, en aquellos deliciosos lugares, y á cuyos besos de amor parece que se extremecen los mundos y se alboroza la naturaleza.

Pero no es nuestra mision deleitarnos en tan hermosos cuadros. Pasemos por estos paisajes de luz, sin levantar sus cortinajes de púrpura; demos el último adios á esas escenas del hogar doméstico, cuyas reales delicias se trasparentan á través de esos pasajes de Milton, y volvamos á halllar al temeroso Príncipe de las tinieblas.

Racine lo ha dicho: «Satanás no es el héroe del poema de Milton; pero es su obra maestra.»

Este personaje fantástico le pertenece de derecho, es su verdadero creador, ántes de él nadie le conocia en la plenitud de su accion; más que el gigantesco genio que en la explosion de su orgullo osa ponerse enfrente de Dios, parece un contrahecho bufon que salta y se revuelve ante el hombre resonando sus campanillas.

Los libros sagrados destinados á la propaganda del púlpito y del oratorio, le han hecho todavía más pequeño y ridículo; ya presentándole en forma de cabra, ya en la de los antiguos Faunos de la mitología, ya cabalgando en escobas como las brujas de nuestros abuelos.

En Dante sólo es un mónstruo inmóvil y sedentarío, que apenas puede mover su larga série de mandíbulas; en Milton toma vida y forma, se multiplica, gira, vuela, se agita en el perpétuo vértigo del orgullo; sus pasiones se enconan con los obstáculos, crecen con la emulaciom, se desarrollan con el éxito y parecen buscar el punto de apoyo para derribar el cielo.

Nada más terrible que Satanás observando la dicha de nuestros padres, oculto entre las frondosidades de aquel Paraiso terrestre, y suspirando de envidia al verlos felices; nada más grandioso que su salida de los infiernos, y su vuelo á través de los espacios sin nombre; nada más terrible que aquel despertar en el abismo con que comienza el poema.

Mucho más dignos de admiracion parecerán estos detalles si se atiende á que Milton, para llevar á término su creacion, tuvo que romper con todas las trabas de la tradicion y pasar por encima de las preocupaciones populares.

Era casi imposible que no se hallase apurado para presentar

al Demonio de una manera conocida, y despojarlo, sin embargo, de ciertos apéndices que la imaginaciones de los visionarios le habian adjudicado, y que formaban, por decirlo así, su tenebrosa personalidad. Á pesar de ello, Satanás apareció en el poema y fué conocido y respetado; eso y más alcanza la potencia del génio.

Hé aquí la magnífica pintura que de él nos hace el poeta, al verlo levantarse de aquel abismo ardiente en que habia permanecido tendido nueve veces el espacio de tiempo que mide el dia y la noche sobre los mundos.

«El grande enemigo se adelantaba hácia la orilla de aquel mar de tinieblas visible, llevando echado atrás su pesado escudo de etéreo temple, macizo, ancho y redondo; cuya vasta circunferencia pendia de sus espaldas, como la luna cuya órbita observa por la noche, á través de un cristal óptico, el astrónomo toscano desde la cumbre de Fiesole, para descubrir nuevas tierras, rios y montañas en su manchada esfera.

»Su lanza, á cuyo lado el más alto pino de Noruega, cortado para servir de mástil á un navío almirante, no sería más que una pequeña rama, le sirve para sostener sus inseguros pasos sobre aquel suelo ardiente; pasos muy distintos de los que habia dado sobre el azul del cielo.

»Sobrepujaba á los demás espiritus en estatura y continente y, soberbiamente dominador, se elevaba como una torre. Su forma no habia perdido aún su explendor primitivo y parecía un arcángel, aunque caido, un exceso de gloria oscurecida: semejante al sol naciente que rodeado de espesos vapores, se ve á través del aire brumoso, ó cuando tras la luna en sombrío eclipse, esparce un crepúsculo funesto sobre la mitad de los pueblos y atormenta á los reyes con el terror que inspiran las revoluciones; oscurecido de esta suerte, brillaba aún el ángel sobre todos sus compañeros. Pero su rostro se vé surcado por las profundas cicatrices del rayo, y la inquietud está pintada en su marchita megilla, bajo sus cejas, de un valor indomable y un orgullo pacienté, vela la venganza. Así se vé á las encinas del bosque y á los pinos de la montaña, cuando el fuego del cielo los ha privado de su corteza y verdor, sostener aún su tronco majestuoso, aunque desnudo, sobre el abrasado páramo.»

¡Qué grandeza mas terrible se encierra en esa descripcion del

célebre ciego! La luna por escudo, por lanza el pino gigantesco, el surco del rayo en el rostro, bajo las cejas el valor indomable. ¿Puede haber mas grandiosidad de detalles ni más valentía de conceptos?

Satanás no es, apesar de esto una figura terrible destinada, como la estátua de Atlante, á admirar solo por sus formas gigantescas.

Cuando vuela á través de los espacios sin nombre; cuando cubre con sus negras alas la luz que va á resbalar sobre la tierra; finalmente, cuando dirige su nagnífica imprecacion al refulgente padre del dia, la accion dramática toma en él una expresion sublime y arrebatadora que conmueve y abisma.

Parece que asistimos á la epopeya grandiosa de la Creacion; se escuchan rodar los mundos, romperse los embriones de los astros chocar las legiones eternas en un combate más furioso que el de los lapitas y los titanes. Los héroes de Homero parecen una legion de hormigas comparándolos con los espíritus de Milton cubiertos con sus armaduras etéreas y cayendo con inusitado estrépito unos contra otros.

Los espíritus vencidos se asemejan á los restos de un millon de cometas que se hunden fatídicos en el ocaso; los vencedores parecen una miriada de estrellas que se levantan con el crepúsculo.

En el carácter del Satanás de Milton parece que empieza á revelarse aquel espíritu de soberbia que fué el carácter distintivo de la revolucion inglesa, y que contaminó á Cronwell hasta el punto de llevarlo al protectorado.

Hé aqui las consideraciones de Chateaubriand en este punto.

«Todo aquel que no carezca de algun criterio y buen sentido en la Historia, podrá reconocer que Milton ha hecho entrar en el carácter de Satanás la perversidad de aquellos hombres que á principios del siglo XVII cubrieron de luto la Inglaterra: en su carácter se echa de ver la misma obstinacion, el mismo entusiasmo, el mismo orgullo, el mismo espíritu de rebelion é independencia; el monarca del Infierno trae á la memoria aquellos famosos niveladores que, abjurando la religion de su pátria, sacudieron el yugo de todo gobierno, rebeldes á la par, á Dios y á los hombres. El mismo Milton habia participado de este espíritu de perdicion; y á fé que para imaginar un Satanás tan detestable, era preciso que el poeta hubiera visto su imágen en los réprobos que convirtieron

durante tanto tiempo su pátria en verdadero asilo de los demonios.»

Fácilmente se echan de ver en las apreciaciones del ilustre crítico, las ideas que le dominaban y que le hacian en no pocas ocasiones desconocer principios filosóficos y acontecimientos históricos que no se avenían con su modo de ver y de pensar.

Su gran talento adivinó, es cierto, en la personificacion de Milton, esa tendencia del espíritu humano á dominarlo todo, á trastornarlo todo, cuya imágen más bella es la clásica torre de Babel, levantada por los primeros hombres, y cuyo modelo vive aún en los descendientes de aquellos obreros dispersos. Pero por efecto de sus preocupaciones no quiso analizar el gérmen filosófico que se desarrolla en Satanás, cuyo orgullo, que pudiera llamarse esfuerzo humano contra lo imposible sintetiza la filosofía y la actividad perpétua del hombre.

Conformes, pues, con el crítico francés, en el primer período de sus afirmaciones, creerémos sin dificultad que Milton quiso hacer en Satanás una especie de imágen de la filosofía de su tiempo, como Dante, tal vez inconscientemente, la había hecho yá en su *Divina Comedia* notándose ya entre una y otra la diferencia natural que existe entre la edad media y la era moderna, inaugurada por los niveladores ingleses.

(Se concluirá.)

LAZOS INVISIBILES.

NOVELA FANTÁSTICA POR ENRIQUE MANERA.

Se halla de venta al precio de 8 reales en la Administracion de El Espiritismo, plazuela del Empecinado núm. 7.

ERRATA IMPORTANTE.

En la página 442, del núm. anterior, linea 18, donde dice *sucesion seria*, debe decir; *sucesion seriaria*.

SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ARIZA Y RUIZ,
Calle del Rosario núm. 4.